

Debates finiseculares entre autores españoles y latinoamericanos sobre el regeneracionismo español

Por Natalia SANTAMARÍA LAORDEN*

Pueblo que quiera regenerarse encerrándose por completo en sí, es como un hombre que quiera sacarse de un pozo tirándose de las orejas.

Miguel de Unamuno¹

El 98: cuestión historiográfica

LA REPRESENTACIÓN HISTORIOGRÁFICA de la producción literaria española finisecular ha sido objeto de estudio revisionista en los últimos años. En 1998, Carlos Serrano apuntaba que para estudiar el cambio de siglo en España era necesario “salir de las convenciones de una historia crítica petrificada en una visión dolorista y españolista”.² La denominación de Generación del 98, reforzada por Pedro Laín Entralgo durante la etapa franquista y ajada por el uso constante en los manuales de literatura, se ve ahora en asociación con una visión catastrofista de la identidad nacional.³ Dicha visión sería la responsable de transformar la guerra contra Estados Unidos en “el desastre del 98”. Frente a esta visión de derrota, Pan-Montojo ha dejado claro que la pérdida de colonias no supuso un retroceso de la economía española que, por el contrario, se vio reforzada en el cambio de siglo.⁴

Siguiendo esta tradición revisionista, Walther Bernecker ahonda en las relaciones entre los regímenes políticos de Miguel Primo de Ri-

* Profesora de Literaturas Hispánicas en la School of American and International Studies, Ramapo College of New Jersey, Estados Unidos; e-mail: <nsantama@ramapo.edu>.

¹ Esta cita pertenece a la correspondencia entre Miguel de Unamuno y Ángel Ganivet, publicada en el *Defensor de Granada* en 1898 y reimpresa en *El porvenir de España* en 1912. Cito por la edición de Nelson Orringer, Salamanca, Almar, 1999, p. 335.

² Carlos Serrano, “Conciencia de la crisis, conciencias en crisis”, en Juan Pan-Montojo, coord., *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, p. 340.

³ Pedro Laín Entralgo, *La Generación del Noventa y Ocho*, Madrid, Diana, 1945.

⁴ Juan Pan-Montojo, “El atraso económico y la regeneración”, en Pan-Montojo, coord., *Más se perdió en Cuba* [n. 2], pp. 261-335.

vera y Francisco Franco y la construcción del mito de la España imperial. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas fue usada por los dictadores para denunciar “la victoria de las fuerzas anti-españolas”⁵ y la implantación de su propio programa político. Frente a esta visión aislacionista de la historia española, las ambigüedades finiseculares se ven ahora como propias de “la crisis intelectual que se generalizó en Occidente”.⁶ El cambio de denominaciones de “desastre de 1898” a “crisis de fin de siglo” marca una diferencia en la concepción del periodo, de una postura catastrofista hacia una integradora en el contexto ideológico europeo finisecular.

Como reflexiona Bernecker al final de su artículo, cada fase histórica crea su propia visión del pasado. La nomenclatura general “crisis de fin de siglo” tiene el mérito de revelar las máscaras del nacionalismo español presentes en una visión dolorosa del 98, pero es también, creo, resultado de las lentes de la historiografía contemporánea, que ahora contempla a España como parte integrante de la Unión Europea. La europeización del país fue uno de los objetivos fundamentales de los autores finiseculares; en este sentido, no deja de ser un gesto irónico la inclusión de España en el resto de Europa en esta visión retrospectiva. El deseo de aproximación a Europa y la ambivalente actitud de la historiografía frente a las antiguas colonias puede, sin embargo, eclipsar, si no ocultar, el papel fundamental que algunos autores latinoamericanos tuvieron en el pensamiento español finisecular.

La omisión de los autores latinoamericanos en los debates finiseculares ha sido una de las características de la historiografía tradicional española. La llamada de atención que lanzó Ricardo Gullón en 1969 para rechazar la nomenclatura de Generación del 98 se basaba en el peligro de dividir la producción artística de los autores finiseculares en dos grupos, modernistas y noventayochistas. No obstante, las versiones dicotómicas de Pedro Salinas o la más radicalizada de Guillermo Díaz Plaja parecen haber prevalecido, no sólo en lo tocante a la separación, sino también en una visión retrospectiva que aísla la producción de autores españoles y la de autores latinoamericanos. En contraste con la tradición historiográfica, la prensa finisecular refleja una colaboración constante entre autores de las dos orillas; el diario porteño *La Nación*, el magazine francés *El Mundial* o la española *Revista Nueva*, son

⁵ Walther L. Bernecker, “Del ‘desastre de 1898’ a ‘la crisis de fin de siglo’: el cambio de paradigma en la historiografía española sobre la guerra hispanoamericana”, en Ingrid Simson, ed., *América en España: influencias, intereses, imágenes*, Madrid, Iberoamericana, 2007, p. 127.

⁶ *Ibid.*, p. 129.

sólo algunos ejemplos de estas colaboraciones. La participación conjunta en publicaciones periódicas revela lecturas comunes y un deseo de buscar respuestas afines a los interrogantes que las circunstancias históricas, lingüísticas y literarias de la época suscitaban.

*Cuestión regeneracionista:
proyección internacional*

LA representación dolorista de la literatura finisecular es resultado, también, de la función retórica asumida por historiografía del periodo, desde una perspectiva acrítica. La retórica usada que daba cuenta del porvenir histórico revelaba una concepción determinista del futuro de los pueblos, condenados a perecer o llamados a convertirse en hegemonías. Los habitantes de España, así como de cualquier otro lugar del planeta, estaban sometidos a “todo un derecho nuevo, más zoológico que humano, inspirado en las teorías de la selección”.⁷ En *El origen de las especies* (1859), Charles Darwin había argumentado que todas las especies derivaban de un origen común y que las características de su desarrollo eran el resultado de las leyes de la evolución. A finales del siglo XIX y principios del XX, las leyes de Darwin proporcionaron la clave para dar cuenta de la hegemonía o del declive de los países. La ley de la evolución, derivada de la premisa darwinista sobre “la supervivencia del más fuerte”, había convertido a “nuestra raza” de españoles, a la que se refiere Joaquín Costa, en algo “obsoleto” y “moribundo”, mientras que habría vivificado a Estados Unidos e Inglaterra. La relevancia que adquiere Darwin en esta época histórica puede comprobarse en la obra de numerosos autores, de diferente nacionalidad. Como afirma José Varela Ortega: “la extravagante generalización neo-darwinista acerca de la existencia de ‘naciones moribundas’ (Salisbury), ‘razas agónicas’ (Maeztu), pueblos inadaptados, vencidos y hundidos por decrepitud, cuyo destino inexorable era ir ‘cayendo bajo el dominio de los pueblos adultos’ (Costa), estaba en el centro etimológico del universo regeneracionista”.⁸

A finales del siglo XIX, la ley de Darwin sobre la “supervivencia del más fuerte” no sólo sirvió como explicación “filosófica” de la derrota de España ante Estados Unidos en el momento de la independencia de

⁷ Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como forma de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1988, p. 208.

⁸ José Varela Ortega, “Del desastre y sus consecuencias”, en Carlos Dardé Morales *et al.*, *Imágenes y ensayos del 98*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 1998, p. 287.

Cuba, Puerto Rico y Filipinas con respecto al territorio español; la derrota de Francia ante Prusia en 1870 y la pérdida de Adua por Italia “parecían apoyar la tesis de quienes consideraban que los países latinos habían entrado en una irremediable decadencia”.⁹ En un momento epistemológico en el que el destino de los pueblos era visto como resultado de su evolución biológica, el éxito de algunos de ellos fue leído como producto de su superioridad física; el declive de los otros se convirtió en acicate para poder recuperar su antigua fuerza y hegemonía. Como parte de este discurso bipolar se establecieron taxonomías que, desde el momento de su elaboración, fueron objeto de debate. La jerarquización establecida con dos colectivos específicos, “latinos” y “anglosajones”, acaparó muchos de los debates en este periodo.

Una obra clave de estos debates fue *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* (1898) del pedagogo francés Edmond Demolins. En su estudio, Demolins habla como parte de un “nosotros” que en un principio parece referirse a los ciudadanos franceses, pero que llega a abarcar a todos los componentes de la “raza latina”. La articulación de esta raza latina se hace por oposición a una “raza anglosajona”, convertida en objeto de escrutinio, según Demolins, por su prodigioso poder de expansión y su extraordinaria capacidad para colonizar. La creencia en “la existencia biológica de razas humanas diferentes” despertó el interés por la relectura de Arthur Gobineau, autor que había explorado en sus obras la noción de “raza biológica”, a partir de una visión xenófoba.¹⁰ Su obra *Essai sur l'inegalité des races humaines* (1853-1855) adquirió relevancia renovada a finales de siglo.¹¹ La afirmación que Gobineau hace sobre la falta de igualdad entre colectivos sirvió para explicar el auge del mundo anglosajón, en detrimento de otros países que habían ostentado el poder en el pasado histórico, como Francia o España.

A pesar de la relevancia fundamental de las teorías evolucionistas, sería incorrecto considerar que el sustantivo *raza* se utilizó, a finales del XIX, con criterios exclusivamente biologists. La teoría de la evolución no fue la única explicación que se dio al mapa político de entonces. Si los regeneracionistas españoles habían buscado las causas del retroceso de España en explicaciones tan variadas como la pobreza del suelo para el cultivo (Mallada) o la especificidad histórica del país

⁹ Lily Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill, 1980, p. 11.

¹⁰ *Ibid.*, p. 13.

¹¹ *Ibid.*, p. 11; véase también Isidro Sepúlveda Muñoz, *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2005, p. 188.

(Ganivet), Demolins pondrá el acento en la educación. Para el autor francés, la obediencia pasiva es el rasgo característico de las instituciones educativas que regentan los “latinos”, mientras que las instituciones “anglosajonas” se esfuerzan por desarrollar la activa individualidad de la persona. Frente al estudiante francés, al que se le obliga a memorizar contenidos, el estudiante inglés aprende pronto a hacerse responsable de su propia vida. El énfasis en la educación, como forma de darle nueva vida al país, fue compartido por la Institución Libre de Enseñanza en España. Esta institución se propuso educar a una élite capaz de regenerar el país. Para ello, propuso pautas inspiradas por el krausismo, divulgado en España por Julián Sanz del Río y por el director de la institución, Francisco Giner de los Ríos. Entre estas pautas figuraban la formación armónica e integrada del hombre, el estímulo a la actividad y la educación para la libertad y la responsabilidad.¹²

Junto a la de Demolins, otras obras traducidas al español, y editadas en algunos casos repetidamente,¹³ recogieron la polémica entre latinos y anglosajones a principios del siglo xx: *La decadenza delle nazione latine* (1900) de Giuseppe Sergi, *L'avenir latin* y *A quoi tient l'infériorité française* (1900) de León Bazalgette o *Latinos y anglosajones, razas superiores e inferiores* de Napoleone Colajanni.¹⁴ Estas obras extendieron el debate de la problemática sobre la decadencia de lo latino a otras esferas, más allá de la evolución biológica o de la educación. Según Sergi, la fórmula para no caer en la decadencia consistía en la elaboración de un proyecto de futuro: “un disagio presente, un desiderio di vivere meglio, se non nel tempo presente, almeno nell' avvenire”.¹⁵

La afirmación de Sergi deja expuesta una cuestión fundamental: la alternativa entre mantener las cosas en un estado de declive o proceder a su renovación. Esta cuestión es paralela a la recogida en la siguiente cita de George Sand: “On m'écrit de divers lieux et de divers points de vue: nous assistons à l'agonie des races latines. Ne feudrait-

¹² Susana Monreal, *Krausismo en el Uruguay: algunos fundamentos del Estado tutor*, Montevideo, Universidad Católica del Uruguay, 1993, p. 106.

¹³ En *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica* [n. 9], se encuentra una compilación exhaustiva de archivos del periodo, Lily Litvak da cuenta detallada de estas traducciones y ediciones. *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* fue traducida al español por Santiago Alba y tuvo tres ediciones: Madrid, 1899; Valladolid, 1899; y Madrid, 1904. Las obras de Sergi y Bazalgette fueron traducidas al español por Santiago Valenti Camp, en 1901 y en 1904, respectivamente. José Buixó Monserdá tradujo la obra de Colejanni en 1904.

¹⁴ Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica* [n. 9], p. 41.

¹⁵ Giuseppe Sergi, *La decadenza delle nazioni latine*, Turín, Fratelli Bocca, 1900, p. 8.

il pas dire plutôt que nous touchons à leur renouvellement?”¹⁶ La premisa sobre la decadencia de lo latino se convirtió en posibilidad para pensar en su renacimiento. En este momento histórico de fin de siglo, la polémica entre latinos y anglosajones y la posibilidad de renacimiento de lo latino originó el movimiento “panlatino”, concebido, en un principio, como “la conciencia de un patrimonio cultural común que debía sobreguardarse”.¹⁷ Sin embargo, posteriormente se convirtió en un movimiento políticamente más activo, en el que sus miembros aspiraron a “recuperar su posición de guías en el mundo occidental”.¹⁸ Como parte de este reposicionamiento de hegemonías a nivel internacional se expresó el deseo de colocar a Francia, Italia y España en un mismo colectivo.¹⁹ El “relève toi, race latine” del poeta francés Frédéric Mistral fue una de las primeras manifestaciones de este deseo. Otros autores encontraron en el elemento religioso (el catolicismo) o en la raíz lingüística común (el latín) la justificación para la unión de algunos de los territorios que formaron parte del antiguo imperio romano.²⁰

Autores de diferente nacionalidad compartieron, entonces, la creencia en elementos constituyentes de un movimiento “panlatino” común y en la necesidad de una “élite intelectual” que llevara a cabo en cada sociedad una forma de restauración de su antiguo esplendor. Quedan todavía, sin embargo, muchos interrogantes a contestar en torno a esta construcción; entre ellos, la relación entre cada país y ese bloque panlatino al que supuestamente pertenecen. Si bien estos pueblos comparten un pasado histórico común, el imperio romano, no está claro cuál es el papel que un pasado tan remoto ha de tener en su resurgimiento moderno como bloque hegemónico, ni de dónde provendrá el impulso modernizador de cada pueblo. Es necesario analizar, por lo tanto, cómo se concibió la función del pasado en la conformación de un ideal regeneracionista y qué relación se establece entre pasado y futuro para un colectivo dado.

¹⁶ Citada por Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica* [n. 9], p. 29.

¹⁷ *Ibid.*, p. 11.

¹⁸ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹ Arturo Ardao explora magistralmente la relación entre este colectivo y el nombre de América Latina en su estudio *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.

²⁰ Es importante considerar qué territorios del antiguo Imperio se consideraron en este deseo de “reconstruirlo” en el siglo XIX y cuáles se dejaron fuera. Significativamente, se incluyeron los territorios de la conquista más temprana, como Francia o España, acaecida entre el 218 y el 44 a.C. Sin embargo, no hay referencias en los autores finiseculares a las conquistas de Gran Bretaña o el norte de África, que datan del año 117 d.C.

*El regeneracionismo español como
fuente de tensiones trasatlánticas*

Las cuestiones sobre decadencia y renacimiento de una civilización no se reflejaron en los debates finiseculares de España y Latinoamérica de manera aislada e independiente. No sólo coincidieron los autores españoles y latinoamericanos en la necesidad de una aristocracia intelectual para la regeneración de cada una de sus sociedades, como en el caso de Joaquín Costa y José Enrique Rodó.²¹ Reflexionaron, también, sobre la Conquista y la reciente Independencia así como en la búsqueda de formas en que las dos geografías podrían relacionarse en ese momento. De manera específica, se buscó la manera en que esa relación podría convertirse en la fuente de energía regeneracionista necesaria para contraatacar el poder de Estados Unidos.

Este debate entre autores de las dos orillas sobre las relaciones de España y América ha sido considerado, reiteradamente, desde una perspectiva un tanto limitada. Como señala Isidro Sepúlveda en *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, la perspectiva desde la que se ha contemplado el debate trasatlántico finisecular corresponde, en realidad, a un momento histórico posterior; de manera específica, al de las dictaduras de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) y Francisco Franco (1936-1975). Durante estos periodos, las relaciones entre España y América estuvieron articuladas sobre un concepto de *hispanidad* basado en una visión religiosa y providencialista del descubrimiento y la colonización americana.²² Esta anacrónica ideología eclipsó, según aclara Sepúlveda, la variedad de posicionamientos en el debate sobre cómo debían ser las relaciones entre España y Latinoamérica a finales del siglo XIX. Particularmente, se ignoró la existencia de un “hispanoamericanismo progresista” finisecular.²³

En la visión de Sepúlveda, las bases de este “hispanoamericanismo progresista” eran muy diferentes a las del “hispanoamericanismo conservador”, también presente a finales de siglo, y del que se derivaría, más tarde, cierta definición de *hispanidad*. Defiende Sepúlveda que mientras el “hispanoamericanismo conservador” insistió en restaurar el

²¹ Hago un análisis comparado entre los dos autores en mi artículo, “El papel de la ‘aristocracia intelectual’, Joaquín Costa y José Enrique Rodó”, *Letras Hispanas. Revista de Literatura y Cultura*, núm. 2 (otoño del 2009), pp. 50-62.

²² Sepúlveda Muñoz, *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo* [n. 11], p. 163.

²³ *Ibid.*, p. 124.

papel rector de España en Latinoamérica, el “hispanoamericanismo progresista” puso énfasis en la función activa que Latinoamérica podría tener en la regeneración de España. En palabras de Sepúlveda, “América pasaba así de ser considerada como un campo para la afirmación nacional (panhispanismo) a constituirse en *principio dinamizador* con el que regenerar España por medio de su proyección americana”.²⁴

No deja de ser acertada esta observación de Sepúlveda sobre la tendencia historiográfica reciente a reducir el debate trasatlántico finisecular a una sola postura conservadora. Sin embargo, considero que este énfasis en posicionamientos tradicionales es reflejo de algunas de las premisas que los miembros de lo que Sepúlveda llama “hispanoamericanismo progresista” defendieron en su momento. De hecho, los postulados de Rafael Altamira, considerado por Sepúlveda como uno de los mayores representantes de la versión progresista del hispanismo finisecular, fueron objeto de crítica por Fernando Ortiz, autor latinoamericano contemporáneo. El antropólogo cubano denunció el acercamiento de Altamira a Latinoamérica como neocolonialista. En este sentido, la obra de Max Henríquez Ureña, *El retorno de los galeones* (1930), que refleja el periplo de autores latinoamericanos a España para infundir las innovaciones modernistas,²⁵ puede verse *vis-à-vis* con la obra de Fernando Ortiz *Reconquista de América* (1910), que critica la postura de ciertos académicos españoles en su último intento de justificar la influencia española en América.

Rafael Altamira y Fernando Ortiz: desencuentros

FERNANDO ORTIZ analiza la función que autores peninsulares como Altamira, en su obra *España en América*, conceden a Latinoamérica a finales del siglo XIX y principios del XX. Ortiz da cuenta del deseo de ciertos autores españoles de “buscar en horizontes americanos gérmenes de nueva vida para España”.²⁶ El uso del sustantivo *gérmenes* no es gratuito. El lenguaje regeneracionista hace uso constante de una retórica de origen botánico, y se refiere a la plantación de estas semillas y transporte de las mismas a través del Atlántico en direcciones múltiples. Un ejemplo de estos trasvases es la palabra *indiano*, de

²⁴ *Ibid.*, p. 125.

²⁵ Para leer más información sobre estos periplos, remito al artículo de Luis Fernández Cifuentes, “Cartografías del 98: fin de siglo, identidad nacional y diálogo con América”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. 23, núm. 1-2 (1998).

²⁶ Fernando Ortiz, “La paradoja”, en *Reconquista de América*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1910, p. 99.

constante presencia en la literatura regeneracionista. Se denominaba así al español que ha viajado a América, se ha enriquecido allí y después regresa a España. Siguiendo la retórica seminal, este indiano no es, por lo tanto, un gérmen nativo español, pero, al estar de alguna manera enriquecido por savia americana, puede hacer brotar nuevas semillas en suelo español. En palabras de Altamira, que denomina “americano” al indiano:

el americano que vuelve rico, piensa, por lo común, ante todo en elevar a la categoría de habitación decente e higiénica el chamizo donde la niñez de su aldea natal aprende las primeras letras [...] Es el renacimiento de la tradición española vivificada por el ejemplo de la América moderna. Lo que significa para nuestra “regeneración” verdadera, no hay para qué encomiarlo.²⁷

Ortiz ve con buenos ojos que Altamira reconozca la presencia real de chamizos en España o el analfabetismo y la intransigencia política del país que autores como Costa denuncian. El problema que encuentra Ortiz en estos discursos no es el deseo de autores peninsulares de querer regenerar el país, una tarea necesaria según él. El problema reside en que “cuando ellos mismos [los autores peninsulares] confiesan que hay que americanizar a España”, lo que pretenden en realidad es “rehispanizar a América”.²⁸ En efecto, Altamira pone el acento no sólo en el valor de la savia americana traspasada al suelo español a través del indiano, sino también en la influencia que, como “semilla”, el español puede tener en América: “la fuerza enorme de la semilla española”.²⁹

Resurge, por lo tanto, en la dimensión trasatlántica del debate regeneracionista, el asunto de la agencia. Si a nivel “nacional” el debate giraba sobre qué sujetos habrían de regenerar al país, a nivel trasatlántico se debatía sobre qué países habrían de encabezar una “regeneración” y cómo habrían de ejercer su influencia sobre los demás. Esta cuestión sobre la primacía de un país puede estudiarse a partir de la recepción del *Ariel* de Rodó. Cuando esta obra llega a España, Leopoldo Alas, *Clarín*, uno de los críticos literarios de mayor prestigio en aquel momento, la recibe con halagos y argumenta: “aunque en él [*Ariel*] no trata directamente de esa nueva tendencia a reconciliarse con España [...] aunque *Ariel* tiene otro fin inmediato, en el fondo y

²⁷ Rafael Altamira, *España en América*, Valencia, Sempere, 1908, pp. 22-23.

²⁸ Ortiz, “La paradoja” [n. 26], p. 103.

²⁹ Altamira, *España en América* [n. 27], p. 74.

³⁰ Leopoldo Alas, “Estudio crítico sobre *Ariel*”, en José Enrique Rodó, *Ariel*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.

como corolario de su idea va a lo mismo”.³⁰ La idea de una reconciliación con la antigua potencia, de la que las colonias se habían independizado, había aparecido ya bajo la forma de un “tutelaje espiritual”, por parte de España, en el *Idearium español* (1897) de Ganivet. Este tutelaje convertía a España en modelo de valores para Latinoamérica, y concedía a la antigua metrópoli cierta primacía sobre los países ya independizados.

Sería incompleto, sin embargo, presentar el cuadro de la campaña regeneracionista de manera unidireccional. Por un lado, el propio Altamira, haciéndose eco de las críticas se esforzó por incluir entre sus argumentos una negación de cualquier intención neocolonialista.³¹ Más importante me parece, sin embargo, el reconocimiento de la función que autores latinoamericanos otorgaron a Latinoamérica como agente de regeneración de España. En la presentación del héroe regeneracionista como personaje literario ideal y su empresa como la regeneración de todo un país, Rodó hace brillar la figura de Rubén Darío. En una referencia al viaje del nicaragüense a España, Rodó lo saluda como el adalid capaz de llevar esperanza y renovación al país vencido:

Hable [el poeta] a la juventud, a aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación: acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia.³²

Una vez más, la retórica regeneracionista recurre al mundo de la botánica, que encadena primaveras e inviernos y habla de flores agostadas. Esta retórica regeneracionista trasatlántica incide, como la específicamente española, en la importancia de los tiempos históricos (“maestros que se van”) y en la relevancia de la literatura como elemento renovador. Si, ya hemos visto antes, autores como Rubén Darío apostaron por la adopción de elementos literarios foráneos, por ejemplo el simbolismo francés, Rodó celebra aquí el elemento renovador

³¹ En la aclaración que introduce Altamira, más que desvincular a España del timón de la empresa neocolonizadora, parece extender la función, *gloriosa*, de la civilización a “todos los pueblos hispanos”: “Por eso yo creo [...] que nuestro verdadero porvenir está en América con la ventaja de que no es ni será nunca un porvenir imperialista, sino un porvenir de honda cordialidad, de alto respeto para todos, de solidaridad en la parte de obra que toca cumplir a los pueblos hispanos en la empresa mundial de la civilización”, Altamira, *España en América* [n. 27], p. 25.

³² José Enrique Rodó, *Rubén Darío*, Montevideo, Rusconi Industria Gráfica, 2000, p. 103.

que el autor latinoamericano puede proporcionar a la literatura española. Esta renovación fue, incluso, reconocida por el propio Altamira: “la influencia inversa que una parte de la literatura contemporánea americana, especialmente la poesía, ha ejercido sobre nosotros”.³³

A pesar de este reconocimiento, la tensión entre lo viejo y lo nuevo prevalece como punto de conflicto en el discurso regeneracionista. Tachando al modernismo de “moda”, Altamira insiste en que los autores clásicos y contemporáneos peninsulares son los de mayor influencia en la literatura latinoamericana. Esta importancia es reconocida por Ortiz, que menciona a los “buenos” autores contemporáneos como Ramón y Cajal o Pérez Galdós, pero se niega a aceptar el papel preponderante y único de la literatura peninsular que quiere imponer Altamira sobre Latinoamérica. Respecto a los clásicos, Ortiz se referirá a uno de los textos básicos que es reinterpretado en la literatura regeneracionista española, *Don Quijote de La Mancha*. El autor cubano usa el texto clásico como medio de crítica a la posición neocolonialista de España: la “cruzada española” es representada por “la triste figura de Sancho con celada y con lanzón”.³⁴ Al poner al personaje secundario de la novela de caballerías al mando de la empresa, el proyecto neocolonizador se convierte en objeto de ironía y deformación.

La clave de estas tensiones entre autores españoles y latinoamericanos se encuentra en la relación entre dos temas del regeneracionismo trasatlántico, la lengua y los intereses económicos, y la presencia ausente de un tercer jugador, Estados Unidos. Autores como Ortiz ven que las llamadas de España a celebrar el idioma común con Latinoamérica esconden una intención de índole económica: “esta cruzada española por la raza y el idioma es una reconquista espiritual de América encubriendo una campaña de expansión mercantil”.³⁵ Dicha relación es presentada por Altamira aunque de forma más disimulada. Los argumentos del autor peninsular, sin embargo, son muy claros a la hora de señalar que la influencia económica de España sobre Latinoamérica desaparecerá ante el poderoso influjo de Estados Unidos. El país norteamericano entra, entonces, en la ecuación del debate trasatlántico y permanece ahí durante las reflexiones regeneracionistas y aun después. Independizadas las colonias, el hecho de compartir con ellas una sola lengua es esgrimido por España como herencia cultural común. Sin

³³ Altamira, *España en América* [n. 27], p. 76.

³⁴ Ortiz, “La paradoja” [n. 26], p. 105.

³⁵ *Ibid.*

embargo, según Altamira, hay una relación directa entre esa herencia cultural y los lazos mercantiles entre los dos referentes geográficos.³⁶ De manera específica hay una posibilidad de que este lazo se rompa por la influencia que “ciertos académicos norteamericanos” están ejerciendo en los países sudamericanos:

Un peligro indudable para nuestro idioma, nuestra literatura y nuestro influjo científico, que seguramente se traducirá, más adelante, en otro peligro para la vida económica de nuestros emigrantes y para las relaciones comerciales de la Península con las naciones hispanoamericanas.³⁷

Al mismo tiempo, Altamira apela a la lengua no sólo como instrumento de acercamiento a los países latinoamericanos, sino también como punto de ruptura con Estados Unidos. Altamira no nombra siempre de manera directa a este país, al que considera su adversario en la capacidad de influir sobre Latinoamérica. Sin embargo, el país norteamericano es el mejor candidato para representar al “otro pueblo extraño”, de “idioma extraño” y “acentos ajenos” al que Altamira alude constantemente.³⁸ La posibilidad de influencia sobre un país, según Altamira, será siempre más sencilla cuando la comunicación se haga en el mismo idioma. Frente a la defensa de la unidad idiomática, Ortiz apuesta por el conocimiento de un número amplio de lenguas: el conocimiento de idiomas extranjeros se convierte en un instrumento fundamental para el mejoramiento de un país como Cuba. De entre estos idiomas, destaca el inglés, y no como manera de doblegarse al país norteamericano, sino como medio de poder enfrentarse a él: “Si todos los cubanos, además del castellano, hablásemos el inglés, estaríamos más lejos de una absorción política que en la actualidad, porque el poliglotismo es cultura, la cultura es fuerza y la fuerza es independencia”.³⁹

La presencia del inglés y de países de habla inglesa (específicamente Inglaterra y Estados Unidos) se convierte en un lugar común en la extensión trasatlántica del debate regeneracionista. La actitud crítica que manifiesta Ortiz con respecto a Estados Unidos fue compartida por autores como Rodó y Darío. Esta actitud estaba justificada por las

³⁶ En síntesis, puede decirse que Altamira concibió un “americanismo práctico regeneracionista”, que consistió en la “reconquista del prestigio de España en América” y que habría de repercutir, recíprocamente, en “el rejuvenecimiento y modernización nacional de España”, véase Eva María Valero, *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, p. 67.

³⁷ Altamira, *España en América* [n. 27], p. viii.

³⁸ *Ibid.*, p. 54.

³⁹ Ortiz, “La paradoja” [n. 26], p. 54.

manifestaciones de poder de Estados Unidos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, donde su influencia política y militar era innegable desde finales del siglo XIX. En el contexto ideológico de la lucha darwinista, esta situación ventajosa de Estados Unidos fue leída como resultado del éxito de la raza anglosajona. En el debate regeneracionista trasatlántico, la inclusión de Estados Unidos se justifica como el “otro” referente contra el cual España se posiciona y justifica su relación con Latinoamérica.

*Miguel de Unamuno y Rubén Darío:
papel de la lengua en el debate regeneracionista*

Las repercusiones que el empleo de una misma lengua tienen en una expansión territorial imperialista habían sido ya estudiadas por el humanista Antonio de Nebrija en el siglo XV. En su *Gramática de la lengua castellana* (1492), presentada a la reina Isabel la Católica cuando Colón había iniciado su viaje a América, Nebrija articuló la frase que sería citada hasta la saciedad por la crítica posterior: “que siempre la lengua fue compañera del imperio”.⁴⁰ Las premisas de Nebrija cobran nueva vida en el debate trasatlántico finisecular. Los ecos más directos aparecen en el español Rafael Altamira, pero también en el uruguayo José Enrique Rodó.⁴¹ En ambos casos, se percibe la lengua común como fenómeno que une un vasto territorio. En el debate finisecular, el imperialismo de nuevo cuño de España en Latinoamérica podría contar con el apoyo del elemento lingüístico.

El aspecto que me interesa desarrollar aquí, junto a las afirmaciones sobre el carácter inalterable de la lengua, son las reflexiones que surgen en torno a la posibilidad de alterar esa lengua e incluso regenerarla. En este sentido, lengua y literatura aparecen como campos con posibilidades paralelas de renovación. Rodó había hablado de la capacidad del nicaragüense Rubén Darío para renovar la literatura española; Fernando Ortiz señala la posibilidad de renovar la lengua en que se escribe esa literatura. Refiriéndose a la posibilidad de que españoles y latinoamericanos disfruten de empresas literarias comunes, sin que los españoles se declaren los únicos propietarios de la lengua en que todos escriben, Ortiz advierte: “no teman en este terreno los españoles, como no sea que la vitalidad hispano-americana, abierta a todos

⁴⁰ Antonio de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana*, Ignacio González-Llubera, ed., Londres, Oxford University Press, 1926, p. 5.

⁴¹ Rodó describe el “habla común” como el “arca sagrada de la raza”, en Rodó, *Rubén Darío* [n. 32], p. 100.

los vientos, haga evolucionar el lenguaje castellano más aprisa de lo que le sucedería por obra sólo de la cerrada Castilla”.⁴² La posibilidad que Ortiz señala sobre la renovación de la lengua en el territorio americano se convertirá en objeto de debate entre Miguel de Unamuno y Darío. Estos debates son muestra de que los postulados regeneracionistas no sólo aludían a la modernización de la literatura, sino también a los beneficios que la renovación reportaría a la lengua.

Las medidas regeneracionistas que los dos autores comparten para la renovación del castellano tienen unas dimensiones más concretas y se basan en un lingüístico “retorno de carabelas” bastante peculiar. Los artículos “Contra el purismo” de Unamuno y “Los inmortales” de Darío no sólo comparten la actitud crítica contra la política lingüística de la Real Academia, sino que Darío concluye citando en su artículo lo que Unamuno propone en el suyo como solución a esa política. Los dos autores se refieren a la institución de la Real Academia con sendas muestras de ironía que incluyen la mofa de su nombre, de su funcionamiento y del lema que desde 1715 la representa (“limpia, fija y da esplendor”). Respecto al lema, Darío lo expone como premisa a cuestionar al principio de su artículo: “Veremos lo que se limpia, lo que se fija y a lo que se da de esplendor”.⁴³ Unamuno, por su parte, considera tarea de “heterodoxos”, como él, actuar de manera contraria a la norma establecida en el lema: “Ya que tenemos que servirnos de esa lengua, procuremos en la medida de nuestras fuerzas cada uno, movilizarla, aunque para conseguirlo tengamos que ensuciarla algo y que quitarle algún esplendor”.⁴⁴

Una retórica típica del discurso crítico regeneracionista sirve aquí para censurar el “estancamiento espiritual” y el “ahogo” que caracterizan las posturas conservadoras de la academia.⁴⁵ Frente a esta sensación de parálisis, Unamuno defiende el libre movimiento y el desarrollo de la lengua por tierras como las hispanoamericanas, donde adquirirá la identidad propia de la tierra en que se use:

El pueblo español, cuyo núcleo de concentración y unidad dio el castellano, se ha extendido por dilatados países, y no tendrá personalidad propia

⁴² Ortiz, “La paradoja” [n. 26], p. 53.

⁴³ Darío directamente nombra “inmortales” a los ocupantes de los puestos en la Real Academia, Rubén Darío, “Los inmortales”, *España contemporánea*, Barcelona, Lumen, 1987, p. 190.

⁴⁴ “Hay que fijarse en esto de *Real* y en su íntimo consorcio con lo académico [dice Unamuno] pues esto ofrece una de las claves del misterio casticista”, Miguel de Unamuno, “Contra el purismo”, *Obras completas*, vol. 6, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, p. 370.

⁴⁵ Unamuno citado por Darío, “Los inmortales” [n. 43], pp. 196-197.

mientras no posea un lenguaje en que sin abdicar en lo más mínimo de su modo peculiar de ser, cada una de las actuales regiones y naciones que lo hablan hallen perfecta y adecuada expresión a sus sentimientos e ideas.⁴⁶

Esta “expansión” de la lengua ha de aceptar también que ciertas comunidades de la Península tengan su propia lengua, aunque, curiosamente, Darío suprime esta parte al citar a Unamuno.⁴⁷ En este sentido, Unamuno reivindica, de nuevo, el deseo de unidad ante el derecho de una autonomía propia, ahora en el área de la lengua. Para articular esa crítica de manera irónica, adopta Unamuno una voz de juez y un vocabulario religioso; irónicamente, también, en su papel de juez, Unamuno defiende la pureza del castellano utilizando términos latinos:

Al verbo mismo se le puede faltar en rigor, y tal pecado se perdona; ¡pero los pecados contra el espíritu de este verbo no tienen remisión... *in necessariis unitas!* Lo que no se ve por ninguna parte es la *caritas* que debe reinar *in omnia*. ¡Ojo con escribir español de Venezuela o del Paraguay! Los paraguayos no tienen derecho a tener español propio; ha de ser castellano de Castilla, o, por lo menos, querer serlo, y si no, *anathema sit!* El que quiera que no se le juzgue sin oírle bien y enterarse antes con fundamento de lo que dice —deber de todo juez— que se castellanice.⁴⁸

En un giro de carabelas doble, Darío incluye en su artículo la crítica a aquellos hispanoamericanos que gustan de defender el purismo castellano lingüístico. Haciendo uso de un recurso retórico comparable al de Unamuno, afirma que estos hispanoamericanos articulan su defensa del purismo casticista, no en castellano, sino en otra lengua, “el caribe”; Darío da ejemplos de términos caribeños en su cita, contrastándolos con los términos castellanos (“abarretado” y “mais”, frente a “abarro-tado” y “maíz”):

Y esos defensores tienen eco en ciertas naciones de América; pues como reza un decir magistral —cito de memoria— “cuando el purismo desaparezca de Salamanca se encontrará en algún cholo de Lima o en el morro de un negro mejicano”. En ese continente, en las aldeas más primitivas no falta el barrigudo licenciado abarrotado o abarretado que persiga el *le* y el *lo*, y el

⁴⁶ Unamuno citado por Darío, *ibid.*, p. 197.

⁴⁷ “Si no ha de llegarse a esto [a que el castellano tenga su propia personalidad en cada país], harán mejor el gallego, el catalán y el vasco en escribir en sus nativos idiomas y en cultivarlos”, Unamuno, “Contra el purismo” [n. 44], p. 361.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 370.

caso y la concordancia, y entre tortilla de maíz y tortilla de mais no haga su discursito en caribe en defensa de los fueros del idioma.⁴⁹

Otro eco de la retórica regeneracionista en la defensa de la lengua es el uso de términos médicos. Para Unamuno, las actitudes puristas pueden compararse con “caldos de cultivo para inocular a un pueblo un suero que lo ha de librar del supuesto virus”. Lo que consiguen estos sueros es, sin embargo, librar al pueblo “del regenerador sarampión, en verdad”.⁵⁰ La retórica médica del discurso regeneracionista se usa aquí de manera ligeramente diferente a como señalábamos al principio del capítulo. La abulia era la enfermedad que estancaba a una sociedad; el uso de neologismos en una lengua es comparado con la inoculación de un mal menor que puede fortalecer a esa sociedad: son, en ese sentido, como las vacunas que comenzaron a prodigarse a finales del siglo XIX.

En resumen, la renovación del castellano se hará posible con la creación de términos que expresen conceptos nuevos, en aquellos lugares donde se impuso el idioma. Las tierras americanas han sido escenario continuo de una regeneración lingüística de este tipo. El eco de esta regeneración en España es aplaudida, al unísono, por un autor español y uno latinoamericano frente a actitudes puristas que son insostenibles dada la naturaleza cambiante de la lengua.

Carabelas en direcciones múltiples

EL discurso regeneracionista se alimenta de una retórica botánica y medicinal heredera de la teoría darwinista sobre la evolución biológica de los pueblos. Esta visión evolutiva sirvió para explicar la aparición de hegemonías políticas a finales del siglo XIX y principios del XX, específicamente el despunte de Estados Unidos como potencia política y económica en el mapa mundial. El componente biológico de la visión llevó al establecimiento de taxonomías rígidas; en ellas, algunos de los pueblos que habían formado parte del imperio romano fueron aglutinados bajo la denominación de “raza latina”, mientras que Estados Unidos e Inglaterra se vieron como pertenecientes a la “raza anglosajona”. En la jerarquía establecida en la etapa finisecular, la raza latina salió perdiendo, ocupando un lugar muy inferior al de la anglosajona.

⁴⁹ Darío, “Los inmortales” [n. 43], p. 196.

⁵⁰ Unamuno, “Contra el purismo” [n. 44], p. 364.

Los replanteamientos históricos del significado de la Conquista en la identidad de España y Latinoamérica se materializan en choques retóricos entre carabelas que van y carabelas que vuelven. La renovación modernista del lenguaje literario español, por la agencia de autores latinoamericanos, dota a la lengua de un carácter de naturaleza reversible: las carabelas de Colón retornan ahora para modernizar el pensamiento español. Sin embargo, las afirmaciones sobre la unidad entre España y Latinoamérica se basan en un concepto tradicional de lengua como elemento de alianza entre las tierras de un imperio: asumiendo este lazo de unión, se justifica que se enarbole el velamen de las carabelas para una nueva reconquista española.

Las conversaciones sobre regeneración entre autores españoles y entre éstos y los autores latinoamericanos pueden leerse, a menudo, como diálogo de sordos; argumentos lingüísticos, morales y económicos se mezclan para intentar dar sentido a la expresión “regenerar un país”. Pasando por una inyección de energía que dé vigor a una sociedad abúlica y por una renovación de las estructuras industriales, la regeneración se concibe como una modernización necesaria. Siguiendo la tendencia historiográfica marcada hasta ahora, podríamos seguir la tendencia dicotómica: Generación del 98/modernismo o desastre del 98/crisis de fin de siglo, y agregar una dicotomía más: retorno de los galeones de América a España/nueva salida de los galeones de España a América. Sin embargo, me parece más acertado hablar de un choque retórico entre carabelas en distintas direcciones. En este sentido, la correspondencia entre Unamuno y Ortiz señala la necesidad que los dos autores veían de renovar sus países, así como los “encontronazos” que, a pesar de las convergencias de criterio, se producen entre los dos autores.⁵¹ Así, las famosas contradicciones unamunianas también pueden verse como resultado de un choque de carabelas en la psique del propio autor.⁵² En “Contra el purismo”, el autor bilbaíno reclamaba el derecho de los pueblos hispanoamericanos a tener una autonomía cultural propia; sin embargo, en el prólogo que escribe para *Entre cubanos* de Ortiz, Unamuno se define como “español español-

⁵¹ Ricardo Viñalet, *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98: un regeneracionismo transculturado*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2001; Carlos Serrano, “Miguel de Unamuno y Fernando Ortiz: un caso de regeneracionismo transatlántico”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), vol. 35, núm. 1 (1987), pp. 299-308.

⁵² El choque de actitudes me parece, también, esclarecedor de la dicotomía que Santos Rivero establece: “Este planteamiento nos lleva a preguntarnos si Unamuno, al formular su idea de *hispanidad* fue un escritor imperialista o anti-imperialista, si reforzó la idea de imperio o si la rebatió”, Virginia Santos Rivero, *Unamuno y el sueño colonial*, Madrid, Iberoamericana, 2005, p. 128.

zante”, ofreciendo una visión unívoca de lo que significa ser hablante de lengua española: “de quien hable internamente en español, en español pensará, créalo o no lo crea, quiéralo o no”.⁵³

La necesidad de una modernización regeneradora o regeneración moderna está motivada por la existencia de otras potencias de mayor influjo económico y político. Para tomar carrerilla con respecto a estas potencias y justificar expansiones económicas en ese momento histórico, algunos autores usan otros periodos de conquista anteriores. En este sentido es muy revelador el diálogo que mantienen Unamuno y Ángel Ganivet en su correspondencia abierta, que luego se publicará bajo el título de *El porvenir de España*. Frente a las justificaciones “espirituales” de Ganivet, Unamuno es claro: el único objetivo de la conquista fue sacar oro. Al hablar de la función de los editores españoles en los mercados de lectura americanos a principios del siglo xx, Fernando Larraz Elorriaga ha articulado muy bien la construcción retórica finisecular entre historia y economía: la necesidad comercial se presenta como necesidad histórica, legitimando así la conquista mercantil en derechos “casi trascendentales e irrenunciables”⁵⁴ establecidos en la conquista de América.

La regeneración puede considerarse, entonces, como una carrera entre colectivos por la consecución de una hegemonía en un momento histórico dado. O quizá sea la fórmula buscada para conseguir la inmortalidad a través de los tiempos; como el Ave Fénix, la decadencia se convierte en la motivación para encontrar un renacimiento eterno. De una forma u otra, para poder llegar a un entendimiento preciso de las dimensiones históricas, geográficas y lingüísticas de ese regeneracionismo finisecular, se hace imprescindible el estudio del diálogo trasatlántico entre autores españoles y latinoamericanos.

⁵³ Prólogo reproducido por Viñalet en *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98* [n. 51], p. 167.

⁵⁴ Fernando Larraz Elorriaga, “Los editores españoles ante los mercados de lectura americanos (1900-1939)”, *Cuadernos Americanos* (México), vol. 21, núm. 119 (enero-marzo del 2007), p. 136.

BIBLIOGRAFÍA

- Alas, Leopoldo, "Estudio crítico sobre Ariel", en *Ariel*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- Altamira, Rafael, *España en América*, Valencia, Sempere, 1908.
- Ardao, Arturo, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- Bernecker, Walther L., "Del 'desastre de 1898' a 'la crisis de fin de siglo': el cambio de paradigma en la historiografía española sobre la guerra hispano-americana", en Ingrid Simson, ed., *América en España: influencias, intereses, imágenes*, Madrid, Iberoamericana, 2007.
- Costa, Joaquín, *Oligarquía y caciquismo: como forma de gobierno en España, urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1988.
- Darío, Rubén, "Los inmortales", en *España contemporánea*, Barcelona, Lumen, 1987.
- Darwin, Charles, *The origin of species*, Nueva York, Random, 1979.
- Demolins, Edmond, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?*, París, Librairie de Paris/Frimmin-Didot, 1897.
- Díaz Plaja, Guillermo, *Modernismo frente a Noventa y ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951.
- Ganivet, Ángel, *Idearium español y El porvenir de España*, Nelson Orringer, ed., Salamanca, Almar, 1999.
- Gobineau, Arthur, *Gobineau: selected political writings*, Londres, Cape, 1970.
- Gullón, Ricardo, *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.
- Henríquez Ureña, Max, *El retorno de los galeones*, México, De Andrea, 1963.
- Laín Entralgo, Pedro, *La Generación del Noventa y Ocho*, Madrid, Diana, 1945.
- Larraz Elorriaga, Fernando, "Los editores españoles ante los mercados de lectura americanos (1900-1939)", *Cuadernos Americanos* (México), núm. 119 (enero-marzo del 2007), pp. 131-150.
- Litvak, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill, 1980.
- Mallada, Lucas, *Los males de la patria*, José Esteban y Francisco J. Flores Rayuelo, eds., Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989.
- Monreal, Susana, *Krausismo en el Uruguay: algunos fundamentos del Estado tutor*, Montevideo, Universidad Católica del Uruguay, 1993.
- Nebrija, Antonio de, *Gramática de la lengua castellana*, Ignacio González-Llubera, ed., Londres, Oxford University Press, 1926.
- Ortiz, Fernando, *Reconquista de América*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1910.
- , *Entre cubanos: psicología tropical*, La Habana, Ciencias Sociales, 1987.
- Pan-Montojo, Juan, "El atraso económico y la regeneración", en *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 261-335.

- Rodó, José Enrique, *Rubén Darío*, Montevideo, Rusconi Industria Gráfica, 2000.
- , *Ariel*, Belén Castro, ed., Madrid, Cátedra, 2004.
- Salinas, Pedro, “El concepto de generación literaria aplicado al 98”, *Revista de Occidente* (Madrid), vol. L, núm. CL (1935), pp. 249-259.
- Santamaría Laorden, Natalia, “El papel de la ‘aristocracia intelectual’ en Joaquín Costa y José Enrique Rodó”, *Letras Hispanas. Revista de Literatura y Cultura*, vol. 6, núm. 2 (otoño del 2009), pp. 50-62.
- Santos Rivero, Virginia, *Unamuno y el sueño colonial*, Madrid, Iberoamericana, 2005.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro, *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2005.
- Sergi, Giuseppe, *La decadenza delle nazioni latine*, Turín, Fratelli Bocca, 1900.
- Serrano, Carlos, “Miguel de Unamuno y Fernando Ortiz: un caso de regeneracionismo transatlántico”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), vol. 35, núm. 1 (1987), pp. 299-308.
- , “Conciencia de la crisis, conciencias en crisis”, en *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 335-405.
- Unamuno, Miguel de, “Contra el purismo”, *Obras completas*, vol. 6, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958.
- Valero, Eva María, *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.
- Varela Ortega, José, “Del desastre y sus consecuencias”, en *Imágenes y ensayos del 98*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 1998, pp. 253-289.
- Viñalet, Ricardo, *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98: un regeneracionismo transculturado*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2001.

RESUMEN

El artículo explora la importancia de los debates trasatlánticos finiseculares para llegar a un entendimiento preciso de las dimensiones históricas, geográficas y lingüísticas del regeneracionismo español. Específicamente, se enfoca en los diálogos entre Fernando Ortiz y Rafael Altamira sobre el papel del indiano en este regeneracionismo, así como en los diálogos entre Miguel de Unamuno y Rubén Darío sobre la posibilidad de la renovación del castellano en el territorio americano. Se analiza la importancia de la retórica de la biología y la botánica en el lenguaje regeneracionista, así como la influencia de las teorías darwinistas en este periodo histórico.

Palabras clave: Regeneracionismo, finisecular, trasatlánticos, darwinismo, indiano.

ABSTRACT

This article explores the relevance of fin-de-siècle transatlantic debates in order to gain an understanding of the historic, geographical and linguistic dimensions of the Spanish regenerationism movement. Specifically, it focuses on the dialogues between Fernando Ortiz and Rafael Altamira on the role of the “indiano”, as well as the dialogues between Miguel de Unamuno and Rubén Darío on the possibility of renewing the Castilian language in the American territory. The article further analyzes the use of biological and botanical rhetoric in regenerationist language, in addition to the influence that Darwinist theories had in this historical period. Consequently, it challenges the traditional historiographical view of Spanish regenerationism as a movement circumscribed to its national borders.

Key words: Regenerationism, fin-de-siècle, transatlantic, Darwinism, indiano.